

# RESEÑA DEL LIBRO DE FULVIO TESSITORE *ESPAÑA Y LOS ESPAÑOLES:* RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL Y AMÉRICO CASTRO

*Pablo Guadarrama González*  
*Universidad Católica de Colombia*  
*pabloguadarramag@gmail.com*

---

DOI: <http://dx.doi.org/10.14718/CulturaLatinoam.2022.36.2.15>

No hay duda de que estamos en presencia una obra analítica y profunda sobre estas dos significativas personalidades intelectuales de la cultura española, escrita por un eminente investigador de esta última como lo es Fulvio Tessitore.

El libro presenta los resultados de una rigurosa investigación que demuestra en qué medida tanto la identidad cultural de los españoles, como de la propia España, ocupó un lugar especial no solo de los autores estudiados, sino de otras eminentes personalidades de fines del siglo XIX e inicios del XX, como Marcelino Menéndez Pelayo, José Ortega y Gasset, entre otras, que son valoradas en relación con Menéndez Pidal y Castro.

De manera muy sintética, Giuseppe Cacciatore y Antonio Scocozza ofrecen en su introducción una valoración integral del mismo al plantear que: “La perspectiva hermenéutica de Tessitore está caracterizada por un común denominador: el próspero mundo de la generación del 98 y de aquella que le siguió, atropelladas por la gran crisis de lo que quedaba del imperio, arrodillado no solo por haber perdido sus últimas posesiones, sino también, y sobre todo, por la inédita configuración política y territorial que iba adquiriendo la nación española. Sin embargo, son importantes y significativos los análisis y las intervenciones sobre la especificidad de la palabra y de la lengua,



que se logra si hay capacidad de considerar el conjunto de una evolución social sobre un territorio lingüístico de cierta unidad. De ahí que se abra la amplia y sofisticada confrontación —que representa la parte central y significativa del volumen— antes entre Ortega y Pidal, y luego entre Pidal y Américo Castro”<sup>1</sup>. Tal caracterización le permite al lector obtener una visión panorámica de la obra, su sentido y trascendencia, de manera que este pueda desarrollar una lectura culpable, esto es, pendiente de encontrar en ella los elementos argumentativos de cada uno de los rasgos anunciados.

Entre ellos, hay uno que se destaca a través de todo el libro: la rigurosidad metodológica del autor que lo distancia de posturas hiperbolizadas, lo mismo de los factores materiales condicionantes de la labor en que ambos desplegaron su labor intelectual, que de los móviles espirituales que los impulsaron a desarrollarla.

Tessitore es capaz de demostrar en sus análisis cómo es posible realizar una investigación bien estructurada y fundamentada, que toma en debida consideración los acontecimientos históricos de carácter político, económico o social de España, —que no limita a la época en que viven Pidal y Castro, sino abarca a los siglos anteriores en los que se conforma la identidad nacional y estatal desde la gestación de su esplendor hasta el inicio de su decadencia— y a la vez los fenómenos religiosos, lingüísticos, literarios, artísticos e ideológicos. Solo una perspectiva holista, sistémica, dialéctica, compleja e integral como la que despliega el investigador italiano, que se introduce simultáneamente justipreciar dimensiones existenciales de ambos intelectuales articulados a su actividad pública<sup>2</sup> en le permiten arribar a conclusiones sólidas como las que plantea este libro.

De modo similar que los autores que estudia, no se deja arrastrar por especulativas filosofías de la historia. La objetividad de sus reflexiones se fundamenta en el análisis de los acontecimientos históricos reales tanto de España como de Europa y el resto del mundo, en la misma medida en que analiza la debida articulación con ellos de las reflexiones de ambos historiadores. Esto se revela cuando plantea que: “Así las cosas, Castro no cede a una filosofía de la historia (como aquella construida por Unamuno sobre la idea de intrahistoria), porque ya aquí —aunque de manera embrionaria y empleando las tesis de ‘renovadores’ como

1. Cacciatore, Giuseppe y Scocozza, Antonio. “Introducción” a Tessitore, Fulvio. (2022). *España y los españoles: Ramón Menéndez Pidal y Américo Castro*. Penguin Random House Grupo Editorial, Tauros, Universidad Católica de Colombia. Università degli Studi di Salerno Bogotá. pp. 12-13.

2. “En conclusión, biografía y pensamiento, vida privada y vida pública se cruzan indisolublemente en mis páginas españolas y las justiprecian, satisfaciendo —con la objetivación de la escritura— antiguas emociones y sugerencias”. Idem. p. 19.



Giner y Cossío, luego superadas si no concretamente realizadas—Castro iba buscando la «ipseidad» de España no tanto fuera de esta y contra lo que estaba fuera de esta (Europa, los moros, los judíos), sino en su interior, en el sentido de ganar la que, después de *España en su historia*, se considera la alucinación historiográfica sobre el pasado, caracterizada por europeización que concilie la conciencia española de sí y logre fundar aquella «cultura común» cuya carencia se deplora, tal y como se nota en los artículos del 30-31<sup>3</sup>.

Otra buena prueba de demostración de su coincidencia con la actitud contraria a cualquier postura metafísica de los autores que estudia se puede constatar al plantear: “Así las cosas, tienen sentido tanto la definición de historicismo idealista, como aquella de historicismo existencialista, al remitir ambas a una forma de ontología de la historia, a un concepto de historicidad como esencia que incluye el proceder histórico, bien presente en las sendas batidas cuidadosamente por Castro cuando ha encontrado, en la dialéctica entre “ser” y “estar dentro”, el instrumento para lograr el conocimiento del “nosotros”, según él condición indispensable para considerar un hecho “historiable”, y no solo describible o narrable. Sin embargo, esto lleva a considerar que, si esto es el *proprium* de la reflexión de Castro, según esta podría hablarse de historicismo solo reconociendo que se trata de una forma —aunque sutil y sugestiva— de seudohistoricismo, ya que el historicismo en sí, esto es, el historicismo como modelo filosófico del siglo XX no deja espacio, por su constitutiva problematicidad y criticidad, a ninguna forma de ontología metafísica, ni siquiera a aquella crítica<sup>4</sup>.

Tanto el análisis de la obra de Castro como la de Pidal le posibilitan a Tessitore desarrollar sus propias consideraciones filosóficas y metodológicas en particular sobre el historicismo, que asumió en una perspectiva algo *sui generis* que en cierto modo lo aproxima, pero a la vez lo distingue de Hegel y Croce. Esto se aprecia de algún modo al considerar que: “De este modo, aquel de Menéndez Pidal puede definirse como un caso ejemplar de «historicismo de los historiadores», articulado según el método positivo del realismo, sin olvidar el krausopositivismo operante en la España de los años formativos de Menéndez Pidal. Si se quiere recurrir a otra fórmula —que considero familiar— para identificar mejor a Menéndez Pidal puede hablarse de un ‘positivismo de los historiadores’ independiente de la filosofía del

3. Idem. pp. 83-84.

4. Idem. p. 153.



positivismo, que configura una renovada idea de la jerarquía de los saberes gobernada por una nueva ciencia general de causas primeras, en este caso la sociología, destinada a contrastar toda elección existencial por el rechazo de considerar eventos y sujetos históricos fuera del sistema de las relaciones lógicas que precede hasta los términos de la misma relación”<sup>5</sup>.

Tal consideración evidencia que de la misma forma en que Pidal no podía distanciarse por completo del krausopositivismo —forma particular de eclecticismo que de forma significativa impregnó la vida intelectual española de fines del siglo XIX e inicios del XX—, tampoco Tessitore puede desconocer la impronta del positivismo en la mayor parte de los investigadores contemporáneos, como lo es en su propio caso, aun cuando el enfoque hermenéutico adquiera en él significativa relevancia.

Algo que llama la atención es cómo demuestra que ambos autores estudiados han trascendido a la cultura universal y se han convertido en clásicos por corresponderse adecuadamente sus obras a las especificidades de sus respectivas épocas y, por tal motivo, al portar estas el sello de la autenticidad, merecen dicha distinción. Tal reconocimiento queda plasmado al expresar que: “La lectura de Menéndez Pidal de las diferentes escenas de la historia de España —articulada cada vez más sobre una documentación amplia y variada, siempre razonada y rica— se enmarca fundamentalmente en la dialéctica entre «universalismo y nacionalismo», como se destaca de un emblemático ensayo de 1938”<sup>6</sup>.

Esa interacción dialéctica la destaca también al afirmar: “Ahora bien, en lo que respecta al maestro español, por un lado la fuerte necesidad de superar el ‘aislamiento’ de España para lograr su plena inserción en las ideas y en la cultura europea y, por el otro, la elección de actuar plenamente conscientes del papel determinante de los saberes positivos —para lograr los objetivos propuestos sobre la base del nivel alcanzado por la ciencia y, por ende, coger la incidencia de la configuración crítica de los problemas vitales de un Estado, de una nación y de un pueblo en decadencia tras siglos de hegemonía no solo política— hicieron que Menéndez Pidal se enfrentara escrupulosamente a los resultados de la historiografía europea de los últimos cincuenta años del siglo XIX y de gran parte del XX”<sup>7</sup>. Era lógico

---

5. Idem. p. 74.

6. Idem. p. 56.

7. Idem. p. 67.



presuponer que muchas de las conclusiones de dicha historiografía gestada en países capitalistas más avanzados en el orden tecnológico, socioeconómico y político no se correspondiesen con las especificidades del relativamente retraso de España, lo que obligaba tanto a Pidal, como a Castro y a otros tantos investigadores peninsulares a tomar crítica distancia de enfoques teóricos que no se correspondían con su histórica realidad.

Ambos intelectuales tenían ante sí un enorme desafío según el cual debían estudiar la historia de España, en múltiples planos, esto es, desde los más trascendentales acontecimientos políticos, hasta las más sublimes expresiones lingüísticas, literarias, artísticas y religiosas. Pero esa tarea, en opinión de Tessitore, no estaba concebida simplemente para reconstruir el pasado por simple erudición, sino para aprender de su historia y de ella extraer las recomendaciones necesarias que fuesen útiles para proponer necesarias futuras transformaciones en todos los órdenes de la sociedad española.

Tales pretensiones las observa al plantear: “La noción de «España como problema» regresa en Américo Castro tras la fase del trabajo filológico, centrado en las figuras de Cervantes, de Lope, etc., pero también se vuelve a presentar después del fracaso de la Segunda República (1931-1939) y bajo el pesado y dramático apuro de la dictadura franquista. Esto implica dos diferentes y consiguientes cuestiones interpretativas de la historiografía de Américo Castro: por un lado, la exigencia ético-política, no enfatizada pero tampoco desmentida; por el otro, el inquieto interrogante historiográfico sobre la identidad de España y de los españoles ya no desde un punto de vista retrospectivo para justificar el imperio derrumbado, sino desde aquel de un futuro, nuevo y diferente, que convertía en centrales las razones conceptuales y metodológicas del hacer historia y del significado de la historiografía, fuertemente percibidas por derivar de la plena conciencia del valor de la investigación filológica, a su vez entendida como ciencia histórica y no como simple análisis textual y documental”<sup>8</sup>.

Esto evidencia que no eran simples intelectuales de gabinete, sino comprometidos orgánicamente con las circunstancias de su país y de su época. Una de las formas en que ambos investigadores trascendieran del mundo académico al sociopolítico consistió en no limitar su actividad intelectual a la disciplina filológica, si bien ocuparía un relevante papel en su labor, sino dirigirla al terreno de la historia del pueblo español, con el objetivo de elevar su autoestima y hasta

8. Idem. p. 77.



el orgullo de su identidad nacional. De esa forma, convertirían sus plumas en poderosas armas enaltecedoras de la conciencia nacional, especialmente en tiempos taciturnos después de 1898, que significó el puntillazo demoledor del colonialismo español, cuando en la vetusta monarquía se apagaron simultáneamente los rayos del sol que disfrutaba del Caribe hasta las Filipinas, por supuesto no de forma natural, sino por la intervención militar yanqui.

Pero luego vendrían otros tiempos de incertidumbre con la Guerra Civil y finalmente de totalitarismo franquista, ante el cual asumieron crítica distancia. Lo más valioso de los respectivos méritos de Pidal y de Castro es haber contribuido en épocas tan sombrías a mantener vivo y contribuir a robustecer el orgullo nacional, rescatando valores contenidos en la literatura española, que trascendieron a escala universal, como lo es también el cultivo de la lengua castellana.

Esto lo puntualiza muy bien Tessitore cuando apunta que: “La obra de Menéndez Pidal se cruzó con esto, ya sea participando de manera explícita, estimulado o sugestionado, o proporcionando —directa o indirectamente— ulteriores estímulos al debate en curso. Esto es lo único que explica por qué el lingüista y filólogo romance se convirtió en historiador interesado por la definición de la identidad española, un interés que no se limitó a los últimos años de su trabajo, sino que lo caracterizó desde cuando, en la última parte del siglo XIX, se ocupó de establecer los orígenes y los caracteres autónomos de la literatura épica española en el contexto de la formación de la lengua española, percibida como expresión de la esencia identitaria de los españoles e instrumento de promoción de su conciencia nacional”<sup>9</sup>.

Similar labor la destaca en el caso de Castro cuando sostiene que “(...) la espasmódica búsqueda de lo que puede haber determinado la singular condición española, estallada con la incontrastable decadencia de finales del siglo XIX y —para Castro— consagrada por la guerra civil —aunque evitando creer en supuestas coherencias de psicología colectiva o de estructuraciones sociológicas— debe ser proyectada a comprender cuándo los españoles se concienciaron acerca de cómo vivieron su pasado, aprendiendo a ser y a sentirse españoles. Seguramente los estudios lingüísticos y literarios de Menéndez Pidal sirvieron para el efecto y proporcionaron al discípulo Castro un seguro punto de referencia”<sup>10</sup>.

---

9. Idem. p. 40.

10. Idem. p. 122.



De manera que ambos intelectuales contribuyeron notablemente a enriquecer tanto la identidad de España como las de su pueblo —independientemente de las diversas comunidades que en él subsisten— en una época en que era más necesaria que en anteriores o posteriores, pues esa primera mitad del pasado siglo XX constituyó un período de grandes definiciones no solo militares, económicas o políticas para los españoles, sino algo tal vez más sutil, pero no menos importante: las transformaciones culturales.

Prueba de lo anterior es su valoración sobre algunas críticas consideraciones de Castro en relación con las interpretaciones míticas de la historiografía franquista al plantear: “Me parece que estas páginas —claramente políticas— comprueban la que he llamado la motivación ético-política que transforma al filólogo en historiador, a pesar de las incertidumbres, de las debilidades, de las ingenuidades y de las concesiones a una diversa retórica, pero quedando lejos del mitologismo y del misticismo que se vio aparecer en lo que hemos dicho acerca de la alucinada antigua grandeza. Es un testimonio importante que, sobre todo si se relaciona con los intereses más inmediatamente políticos, con las carencias operacionales y con los radicalismos revolucionarios de la Segunda República, induce a reflexionar —ya sea inductiva o deductivamente— sobre una segura fuente de la conceptualización historiográfica de Castro, el Ortega de los años veinte y treinta, verdadero sismógrafo de la vida de España en la primera parte del siglo XX, uno de los mayores protagonistas del corte de los años treinta que da comienzo a una temporada caracterizada por vigorosas transformaciones (o crisis) culturales en las que estamos plenamente (¿o están acabando?)”<sup>11</sup>.

De este modo, la significación ideológica y, por tanto, en cierta forma práctico política que Tessitore le reconoce a Castro, lo mismo que Pidal, evidencia que las labores científicas de ambos no estaban imbuidas por una presunta neutralidad axiológica weberiana, sino que, por el contrario, fueron expresión de compromiso, como intelectuales orgánicos, por salvaguardar y enaltecer la cultura española.

Esto se evidencia al plantear: “Castro bien sabe lo que ha significado y que sigue significando (tras la decadencia reconocida y sufrida de finales del siglo XIX y tras la guerra civil) la europeización de España. Él mismo afrontó el problema en los escritos ya examinados de los años treinta y anteriores, disintiendo de los hombres del 98 y de aquellos de las generaciones siguientes. Sin embargo, el problema se le volvió a presentar en términos novedosos tras la reconstrucción

11. Idem. pp. 85-86.



que considera poder hacer de la vida española como historia de una «inseguridad», regida por el principio dramático aunque vitalísimo del «vivir desviviéndose», capas de quitarle espacio a la propensión de los españoles y de sus historiadores por la «alucinación respecto de sí mismos, y estimularlos a desechar la apatía ante el esfuerzo calculado y a tomar precauciones ante la violencia como sustituto del vacío existencial». Prosiguiendo el valiente compromiso ético de su historiografía, Castro no titubea en afrontar el problema cuando ya ha definido —aunque reconociendo su constitutiva problematicidad— la ipseidad de España, la hispanidad de los españoles y de su historia, desde cuando de estos y de esta se puede hablar, o sobre la base de 8 siglos en que tres pueblos, con tres religiones, se confrontaron, se encontraron y chocaron (Musulmanes, judíos y cristianos) produciendo una mezcla rica y turbulenta de valores, creencias y conductas”<sup>12</sup>.

Ahora bien, «el valiente compromiso ético de su historiografía» no implica una desfiguración de la objetividad científica de su actividad como historiador; por el contrario, ambos elementos se completan de manera equilibrada, sin excesos de objetivismo positivista, ni hiperbolización de las construcciones subjetivas. No obstante, Tessitore considera que: “Esto nos induce a decir que Castro —en esta, como en otras páginas sobre Dilthey y también sobre Max Weber— se acerca a las tesis según las cuales el tiempo no es, sino que se hace, no es un envase estático y predefinido, sino que se configura por medio de la acción de sujetos, quienes no son históricos porque están en el espacio-tiempo, sino porque lo construyen, esto es, construyen la historia-tiempo. A esto se refiere Castro —de manera cada vez más resuelta— cuando insiste en la función histórica de la conciencia colectiva, el «nosotros» que «adquiere dimensión histórica» solo «como un proceso en el cual *el hacer es inseparable del hacerse* de quienes van infundiendo realidad de vida» en los hechos históricos”<sup>13</sup>. Tal vez en esto se adelantaría al constructivismo de Piaget.

En definitiva, lo que le interesaba era elaborar una construcción de la historia de España con el máximo rigor de realismo científico, que evitara cualquier tipo de mitificación de la misma, lo mismo que alguna forma de reduccionismo epistemológico<sup>14</sup>. Eso es precisamente lo

12. Idem. p. 126.

13. Idem. p. 144.

14. “A estas alturas, sería posible concluir rápidamente nuestro discurso e intentar colocar conceptualmente la historiografía de Castro, que él ha diferenciado detalladamente de toda forma de historiografía económica-sociológica tanto de tipo marxista, como estructuralista o de la escuela de los anales.” Idem. p. 145.





que Tessitore destaca como valioso en su obra, pues en la misma medida que fueran precisas, verídicas y objetivas sus conclusiones sobre la historia de este país, mayores posibilidades tendría de impactar en las nuevas generaciones e impulsar necesarias transformaciones no solo económicas, políticas y sociales, sino también culturales. Así se infiere del siguiente planteamiento: “El largo, trabajoso, a veces ambiguo e incluso contradictorio proceso de conceptualización que ha acompañado la investigación histórica de Américo Castro ha ido construido —se ha intentado mostrarlo— para encontrar una respuesta «realista» y no mítica y «fabulosa» o «alucinada» al «dramático problema de la historia de los españoles» «a la dramática complejidad de la historia española». Al mismo tiempo, se ha fundado en esta realidad individualizada poco a poco, aumentado a medida que se profundizaba en esta realidad llegada a ser cada vez más realística, hasta convertirse en sistema de la efectividad”<sup>15</sup>.

El hecho de que ambos historiadores le hayan otorgado tanta atención al análisis de una obra cumbre de la literatura española y universal como *El Quijote* contribuye a confirmar la tesis de que un conocimiento más amplio y profundo de la historia de un pueblo no puede darse el lujo de desconocer la obra de los novelistas. Cabe recordar que Marx confeso haber aprendido más de Francia en las obras de Balzac que en la de los historiadores. No está demás plantear que aquel que quiera comprender muchas de las especificidades de la vida de los pueblos latinoamericanos debe leer *Cien años de soledad*.

“Por cierto, el Quijote es «una novela» en el sentido propuesto por Ortega; el mismo Castro distingue entre «narración» y «descripción», y más tarde, en 1956, tematizaría la distinción entre *Descripción, Narración e Historiografía*. También Castro ve resumidos en el *Quijote* los elementos a analizar para definir «la realidad histórica de España» tras la Reconquista. Sin embargo, todo esto y más tiene una finalidad lejana diferente de la de Ortega, incluso diversa de lo que el mismo Castro buscará cuando —tras el vaivén de las elaboraciones del gran libro de 1945, *España en su historia*— hallará precisamente en Cervantes la convincente explicación del «casticismo», pilar y solución de continuidad en la historia de la España moderna, en mi opinión enfatizado por el mismo Castro”<sup>16</sup>.

De manera similar Tessitore considera que “Ramón Menéndez Pidal no fue un literato en sentido propio, tal y como la mayoría de los

15. Idem. pp. 140-141.

16. Idem. pp. 192-193.



noventayochistas, sino que fue un científico que, por razones temáticas de tipo disciplinario y por consiguientes elecciones de método, se situó —cabe situarlo— lejos de los excedentes de hombres como Unamuno o Ganivet, en el contexto de las teorías y de las prácticas historiográficas de la cultura positivista, mejor dicho de época positivista, es decir, en el horizonte europeo dominado por la cuestión —en la que se resumieron complejos y más antiguos problemas filosóficos y sociales— de la definición (si es que esta fuera posible) del conocer y del actuar del mundo exterior y de aquel interior a los individuos, esto es, el problema de la distinción (si se trata de distinción) entre *Natur* y *Geisteswissenschaften*, de la fundación gnoseológica de las ciencias positivas, ya fueran *naturwissenschaftlichen* o *geistesswissenschaftlichen*<sup>17</sup>. De tal modo Tessitore justiprecia su postura epistemológica, tomando en consideración que esta se desarrolla precisamente en esa época en que se trataba de establecer una dicotomía entre ciencias nomotéticas, esto es, las naturales que descubrían regularidades, frente a las ideográficas, esto es, las sociales, que limitaban su alcance a la descripción o la interpretación. Aquel abismo que intentó construirse entre presuntas ciencias exactas y ciencias del espíritu, se desvanecería paulatinamente al aparecer la física cuántica. Sin embargo, en la época de Pidal y Castro era muy arriesgado enfrentarse a los criterios prevaletentes en numerosos círculos académicos de los cuales ellos formaban parte.

Un capítulo del libro dedica atención a la relación e intercambio epistolar entre Menéndez Pidal y Benedetto Croce en el que se plantea que: “También para Croce, la España que se había alimentado de la lucha contra los infieles había quebrado —en la época de los Reyes Católicos y, después de ellos, en aquella de los Habsburgo— la no simple convivencia entre moros, judíos y cristianos, provocando la fractura entre cristianos viejos y nuevos, que atraviesa la vida española y se apodera también de los grandes escritores del Siglo de Oro, empezando por Cervantes (también en este caso coincidiendo con Castro)”.

Así, España hizo todo lo posible para “«constituir la alianza reaccionaria de la Europa meridional, en contra de la septentrional», ayudada en esto por la Italia de la Contrarreforma y del Barroco (también esta tesis fue discutida por Castro, así como por Menéndez Pidal), que lo hizo de manera autónoma y no inducida. De ahí la alianza y la común decadencia respecto de Europa septentrional”<sup>18</sup>.

---

17. Idem. p. 34.

18. Idem. p. 230.



También Tessitore dedica atención finalmente a valorar dos obras más recientes sobre Menéndez Pidal, distinguiendo de manera acuciosa la sustancial diferencia de calidad de estos. Pues, a su juicio: “El libro de Prudencio García Isastí es largo, aburrido, repite de manera obsesiva la tesis que lo mueve prejudicialmente, e impone una lectura agobiante, empujada por la profesional obligación informativa”<sup>19</sup>. En tanto que “El libro de Carlos Garatea Grau, *El problema del cambio lingüístico en Ramón Menéndez Pidal*, es un trabajo científico discutible al ser digno de discusión, tal y como todas las obras serias del ingenio crítico”<sup>20</sup>.

Cierra el libro con un “Posfacio Traductológico” elaborado por Mariarosaria Colucciolo, en los que analiza con rigor algunos de los desafíos que se plantean en la traducción de obras académicas, pues acertadamente recomienda: “Entonces como ahora, lo fundamental para el traductor es comprender el sentido más profundo del texto, produciendo como resultado una traducción lo más comunicativa posible porque no solo se traduce a otra lengua, sino también, y, sobre todo, a otra cultura. En el Proceso de transmisión, el traductor representa el mediador entre culturas, al ser consciente de que no existe palabra extranjera que se pueda reproducir en su totalidad en su propia lengua: de ahí que el traductor tenga el deber de evaluar la oportunidad de guardar las diferencias y de respetar los silencios que cada lengua exige”<sup>21</sup>.

A esto añade que “cada traducción pretende una elección, que necesariamente desemboca en la creatividad, pero sin alejarse nunca de las objetividades subyacentes en el prototexto; tras individualizar y despejar las dominantes y las subdominantes, después de haber estudiado el contexto histórico y todo lo que puede contribuir a documentar el texto de origen, el traductor debe llevar a cabo un esmerado análisis lingüístico del texto para decodificarlo, contextualizarlo y recuperar los elementos necesarios para aislar la inexcusable información traductiva”<sup>22</sup>.

Quien desee lograr una mejor comprensión de la toma de conciencia por parte de los españoles sobre su identidad nacional y su historia, pueden encontrar pistas imprescindibles a partir de la extraordinaria labor intelectual de Ramón Menéndez Pidal y Américo Castro que en este libro sintetiza con exquisito magisterio Fulvio Tessitore.

19. Idem. p. 235.

20. Idem. p. 253.

21. Idem. p. 268.

22. Idem. p. 270.